Emilia Pardo Bazán ante las guerras: pensamiento y comunicación[1]

Dolores Thion Soriano-Mollá
Université de Pau et des Pays de l'Adour

A cualquier escritor le resulta difícil eludir el tema de la guerra en algún momento de su trayectoria si esta forma parte de su presente y tiene cierto impacto, directo o indirecto, sobre su propia existencia.

En el caso de Emilia Pardo Bazán, constituyó una constante en su trayectoria porque varias guerras fueron jalonando su vida. Su evolución profesional, su visión moderna del periodismo y sus credos estéticos influyeron en las observaciones, análisis, interpretaciones y sus modos de comunicar sobre los conflictos bélicos, asunto de harta y sucesiva actualidad entre 1885 y 1919, de modo que éstos quedaron textualizados en su obra, como hecho, como ingrediente o como sustrato de sus ficciones literarias.

Al hablar de sus primeros lances de escritora en sus notas autobiográficas, doña Emilia escribía que durante su niñez, con motivo del final de las Guerras de África, empezó a componer poesía. Aunque la guerra de Cuba ocupó de manera central su atención y suscitó varias creaciones en prosa, la escritora siempre permaneció atenta a cualquier conflicto bélico y de ellos fue dando noticia desde que empezó a escribir en los diarios nacionales, desde las guerras españolas, las carlistas, las de Filipinas, de Estados Unidos y del Rif, hasta las ajenas a los escenarios nacionales, como la guerra

[1] Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto «Ediciones y estudios sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán», MEC I+D FFI 2013-44462-P, dirigido por José Manuel González Herrán.

ruso-japonesa, la de los Balcanes y la que ella auguró tempranamente como guerra universal o Gran Guerra.

En este estudio propondremos una visión general y sucinta del hecho y tema de la guerra. Dentro de nuestro proyecto de estudiar su presencia en la obra de la escritora, en lo factual y en lo ficticio, como preocupación, como objeto de comunicación y como motor literario para Emilia Pardo Bazán, nos quedaremos de momento, dada la riqueza de los materiales encontrados, en el estudio de la perspectiva factual a partir de las crónicas sobre las guerras. Eludiremos el de las dedicadas a la guerra de Cuba que ya estudió el profesor David Henn (1999) y son las más citadas, para poder así recorrer otros conflictos. A partir de ellos propondremos una visión general del tema de las armas y sus relaciones con las faldas de Emilia Pardo Bazán.

En primer lugar, recordaremos los rasgos de las crónicas que influyeron en el tratamiento de dicho tema para centrarnos en el concepto de la guerra de la escritora y las facetas que del mismo presenta en *La Ilustración Artística,* en *La Nación,* en *Diario de la Marina* y, ocasionalmente, en *La Época.* En estas tribunas puede observarse que entre sus diferentes colaboraciones siempre existe gran coherencia y continuidad. Ahora bien, por sentido de la diplomacia, o como diríamos actualmente, por observar lo políticamente correcto, Pardo Bazán fue eligiendo las guerras de sus columnas en función de los protagonistas de los conflictos, de la posición internacional de España en el mundo y del público al que se dirigía.

Las crónicas para su público de *La Ilustración Artística* guardan notable distancia de aquellas remitidas al lectorado argentino de *La Nación*, en lo que se refiere a la selección de los conflictos planteados y a la defensa de su visión españolista. Si habló del Riff, lo hizo más para el público argentino de *La Nación* que para el español. Lo mismo ocurría al abordar la Guerra con Estados Unidos o Filipinas, asunto que parecía un tanto espinoso de tratar en aquellas orillas del Atlántico. Tal vez porque su sección de la Nación se titulaba «Crónica de España», en aquellas páginas no divulgó sus ideas sobre la conflagración ruso-japonesa ni sobre la de los Balcanes, y la

Primera Guerra Mundial aparece con mucha menor intensidad que en la prensa nacional[2]. En ocasiones, la elección o no del tema de la guerra depende de la novedad y de la duración de los eventos:

> Como quiera que, excepto la guerra y las huelgas, temas de escaso interés para los lectores americanos, no sucede actualmente nada en España, y los cronistas se dan al diablo y amenazan con echar mano por milésima vez, de la acreditadísima y venerable serpiente de mar, elijo un asunto frívolo, pero en el cual un poco de filosofía histórica, social y psicológica. (Sinovas 823)

Nunca fueron móviles políticos los que incitaron a Emilia Pardo a escribir sobre asuntos como las guerras, salvo en el período de juventud en el que militó en el carlismo. Incluso ante cuestiones de política, ella no tuvo reparos en dar una imagen algo caricaturesca de sí misma a sus lectores de la prensa. Así lo hizo de manera anecdótica, por ejemplo, al relatar el comentario de Emilio Castelar, quien «además de profesarme verdadero cariño tenía de mí una opinión sumamente indulgente», relataba la escritora, «solía decirme chanceándose: 'Emilia, usted en literatura es un Metternich, y en política un bacalao'» («La Vida Contemporánea», *La Ilustración Artística*, 11- X-1909).

El saber enciclopédico que requiere tratar de cualquier tema de actualidad en la prensa y las funciones de opinión y amenidad que exige la composición de la crónica, a la sazón todavía en proceso de definición en tanto que género periodístico, influyeron en la incómoda posición de ese

---

[2] Siempre atenta al acto de recepción a su lector argentino le propuso con mayor frecuencia asuntos sobre la actualidad literaria —especialmente teatral, necrológicas, homenajes y actos— así como costumbres y modas. Durante la guerra de Cuba sólo publicó un artículo en *La Nación* de Buenos Aires sobre «La prensa amarilla» (11-VII-1898), cierto es también que en ese período sus colaboraciones entre 1889-1892 fueron esporádicas, sin embargo, allí comentó en mayor medida que en *La Ilustración Española* los conflictos con Marruecos.

«bacalao-mujer» que representaba doña Emilia, ya que a su decir:

> El ser mujer es cosa muy triste, porque no se disfruta, de derechos, la cuarta parte; pero tiene ventaja de hacernos independientes, ya que no nos vinculamos a partido ni a bandería alguna. Y, en las horas en que todo reviste carácter político, la mujer se siente desligada, como si se encontrase más allá del bien y del mal, que diría aquel vesánico de Nietzsche, el filósofo y el poeta del egotismo.
> Mientras el personal masculino se deja agremiar, clasificar, afiliar, la mujer —digo la que siente poderosamente el ansia de reconocerse y de definirse a sí misma— propende, en estas críticas circunstancias, a encerrarse en sí, donde no la anegue la ola de la colectividad. («Crónicas de España», *La Nación*, 9-X-1917, Sinovas, 1999, p. 1209)

Pero ella, que se inmiscuyó públicamente en asuntos considerados masculinos, tuvo que saber combinar la exposición razonada de hechos y de ideas y la expresión rápida y personal, propias de dichas columnas de la prensa. Es más, Emilia Pardo Bazán tuvo que mostrarse muy cautelosa a la hora de esgrimir cualquier argumento «cuando no poseo datos que no dejen lugar a duda», puesto que «las necesidades de la crónica obligan a hacer consideraciones acerca de este o de aquel aspecto del conflicto; pero yo no me lanzo nunca sin reservas múltiples, sin vacilaciones involuntarias» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 9-IV-1915).

La prudencia de la que ella hacía alarde se debía también a la carencia de fuentes, ya que durante sus estancias en Galicia y ante conflagraciones extranjeras, la escritora se documentaba a partir de los datos divulgados de antemano por la prensa, «pues ninguna cancillería europea me pasa ninguna nota, ni hay en las cercanías, que yo sepa, ningún aparato oculto de telegrafía sin hilos» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 19-11- 1915).

Emilia Pardo Bazán siempre puso de manifiesto su independencia ideológica en tanto que profesional de la pluma. Harto repetidas son las declaraciones que publicó en

La Ilustración Artística al empezar la Gran Guerra, cuando le pidieron que abogara por aliadófilos y por germanófilos contestó: «Mi pluma no se halla adscrita a partidos, bandos ni empresas. Es libre y lo ha demostrado bravamente en cien ocasiones» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 19-IV-1915), porque, como gustaba autodefinirse, «soy un espíritu crítico, y en muchas cuestiones suelo ver reunidos el pro y el contra». Y para ello solía exponer a sus lectores documentada información sobre las características e historia de los países en conflicto. Al lector hispanoamericano le explicaba, por ejemplo, los rasgos principales de Marruecos o a los españoles las características de la civilización japonesa. O sea, la escritora hizo uso estratégico del clásico *aurea mediocritas*, de la independencia de criterio y la libertad de palabra a la hora de comunicar en la prensa sobre asuntos políticos y sobre la guerra. Desde ese punto de vista exterior utilizó todas sus armas, no obstante, para difundir un pensamiento crítico y pragmático que sensibilizase a la sociedad ante cada uno de los conflictos bélicos. Sabía pertinentemente que las guerras habían cambiado y que en liza había entrado también la tinta y la prensa. Las secciones especiales que fueron apareciendo en los periódicos, animadas por la nueva figura del cronista de guerra, la obligaron a buscar nuevas perspectivas desde las que cubrir esa ineludible actualidad en las secciones *La vida contemporánea, Crónicas de España y Cartas de la Condesa*. Éstas, por ser artículos de opinión, ejercían una función simplemente complementaria en el seno del periódico

Además, Emilia Pardo imprimió a sus crónicas un estilo ameno porque las concebía como «cosa alada e ingrávida» que tenía que «huir de la pesadez como del fuego» («Crónica de Madrid», *La Nación,* 27-V-1915)[3]. Ante la larga duración de

[3] Asimismo escribía la escritora: «mientras el desenlace de la hipertragedia permanece incierto, y cada cual lo guisa a su gusto, procuro disertar sobre asuntos que tengan probabilidades de interesar un poco a parte del público, hecha abstracción» («Crónicas de España», *La Nación*, 9-X-1917, Sinovas 1999: 1209).

las guerras y el cansancio de la gente, intentó variar los asuntos, tonos y perspectivas, distanciándose sobremanera de las funciones informativas de los «periódicos, agencias telegráficas, correos, cables, vapores», los cuales avasallaban, en su opinión, a los lectores día tras día:

> Mañana, tarde y noche sufren nuestros nervios una tensión que no se puede resistir. Despertamos y el primer trago de veneno nos lo administran los diarios de la mañana en los cuales vemos y recontamos los peligros que nos amagan, las humillaciones que nos infligen, el dinero que se nos funde y derrite como la sal en el agua la baja pavorosa de los fondos, los tropezones de los políticos, la gigantesca mala sombra que se proyecta sobre nuestro horizonte entenebreciéndole. («La vida contemporánea. Elegía», *La Ilustración Artística*, 16 -V-1898)

La escritora denunciaba el hecho de que los periódicos cultivasen el sensacionalismo, exacerbando la crueldad y la violencia de masacres y muertes, así como el comportamiento brutal, irracional, instintivo y animal que en la historia, a su entender, fueron fruto de las diferencias entre razas y religiones[4]. Citemos, a título de ejemplo, las «terroríficas leyendas» de las Guerras Santas, que ella asimilaba a la guerra

---

[4] «Se me alcanza que esta guerra, por parte de los alemanes, tiene que ser especialmente implacable, brutal, llevada sin contemplaciones, en el sentido del rápido avance y la arremetida como de jabalí que sale de la selva a dentelladas; o mejor, como las manadas de elefantes que tan admirablemente describió Leconte de Lisie. Yendo derecha y disparada a su fin. Alemania prescinde de neutralidades, cañonea sin compasión las ciudades cuando le resisten, impone enormes contribuciones, establece un estado de rigor absoluto y de vigilancia violenta (igual tienen que hacer los franceses en París) y de seguro fusila por un quítame allá esas pajas. ¡Triste etapa, dolorosa consecuencia de estos colosales choques entre razas!»

Pero otras imputaciones, las supongo «canards», según parece, tampoco faltan en las noticias de origen alemán. Leo que los belgas arrancan los ojos a los prisioneros y los fusilan después. Todo ello es del género abominable, y hasta del género increíble» («Crónicas de España. Disquisiciones sobre la guerra», *La Nación*, 5-X-1914, Sinovas 1999: 944).

turco-italiana de 1903 o incluso durante la primera Guerra Mundial, cuando se sabía que había:

> Mujeres y jóvenes atropelladas en presencia de sus maridos y padres; niños descuartizados, con el vientre abierto; hombres degollados sobre el regazo de sus esposas; cabezas ensangrentadas en pirámide; manos descepadas rodando por el suelo; casas ardiendo con sus moradores dentro... No sé si todo eso equivaldrá a lo de Cuba, y sin duda no equivale, cuando los humanitarios que por pura humanidad se nos echaron encima, lo ven tan impávidos. En el siglo XII se hubiese alzado ya la Cruzada. («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 9-XI-1903)

Al igual que ocurría con la prensa amarilla de la que tanto desconfió, pensaba Emilia Pardo que las conflagraciones se habían convertido en pasto de sensacionalismo para la avidez del público y denunciaba esa prensa, que se desarrolló en la guerra con Estados Unidos cuyo éxito residía en organizar campañas que incitaban al fanatismo con «un diluvio de artículos epilépticos, soeces caricaturas y noticiones absurdas, propalados de veinticuatro a treinta veces cada día, en otras tantas ediciones» («La prensa amarilla», *La Nación,* 11-VII-1898, Sinovas 1999: 196).

Pese a la diversidad de noticias y la evolución de las circunstancias históricas durante la larga trayectoria periodística de doña Emilia, su visión de la guerra no varía en lo más esencial y fundamental como observaremos a continuación. Por vivir atenta a los nuevos fenómenos y circunstancias, siempre se fue haciendo eco de la actualidad y de las novedades sociales. No es extraño pues que, junto a la defensa de ciertos tipos de conflicto comentase aspectos que pueden parecer divergentes, tales como el pacifismo. Los estudiosos nos afanamos en subrayar el eclecticismo o las paradojas de la escritora, cuando en realidad es la vida misma en su devenir la que es ecléctica, que ella de cuenta en la crónica con mayor o menor pesimismo o entusiasmo circunstancial no quiere siempre decir contradicción. La crónica ha de ser interpretada desde su razón de ser y en el contexto que le dio sentido.

Frente a estos aspectos connaturales al periodismo, podemos observar, que la idea de la guerra en tanto que elemento inherente de la humanidad —por sus valores épicos— prevaleció prácticamente incólume en la escritora a través del tiempo.

Su visión del ser humano constituyó el tapiz, como a continuación precisaremos, en el que entretejió sus observaciones. En general, sus comentarios sobre conflictos bélicos quedaron marcados por la impronta de su presente personal e histórico —como, por ejemplo, el antes o después del Fin del Imperio, el desarrollo de su francofilia, sus viajes por Europa—, de los momentos históricos que le tocó vivir y de sus lecturas al respecto. Sus crónicas fueron receptáculo asimismo de sus sentimientos e ideas regeneracionistas, patrióticas, culturales, estéticas, feministas sociales y cristianas, entre otras.

Las causas de cada uno de los contextos bélicos tampoco escaparon a la periodista, quien fue alegando unas u otras a la hora de comentar los acontecimientos, intentado desvelar los pros y los contras a sus lectores y suscitar la reflexión personal. La escritora fue dando así noticia de los acontecimientos variando sus puntos de vista, ora intentando calar las estrategias de la diplomacia y de las políticas internacionales; ora desde la sensibilidad impresionista del vulgo, a veces desde unos enfoques muy generales, otras mostrándose evasiva e incluso en otras simulando reflexionar en voz alta, pues era ineludible tratar de manera original y creativa un mismo asunto tan grave como la Guerra de Cuba o la Primera Guerra Mundial en crónicas seguidas.

Por encima de las coyunturas y de los enfoques, Emilia Pardo Bazán siempre adujo que el problema de la guerra era, como anotamos, un problema de la humanidad, la cual oscila entre utopías fraternales e individualismos por razones de identidad, dado el carácter inmutable de la condición humana desde sus más remotos orígenes. Siempre, «en el fondo, somos los mismos», solía afirmar, de modo que «cuando se revuelve ese fondo, ese poso, la identidad resurge». Pues bien, ese poso racial, religioso o nacionalista, constante histórica de cualquier

conflicto bélico, era la falta de entendimiento entre los pueblos, porque a su juicio estos necesitan «hoy como en las remotas edades del vellocino de oro, comer y expansionarse. Para lograrlo, pelean, si es preciso. Mientras haya encontrados intereses, habrá guerras» («Cartas de la Condesa», *El Diario de la Marina*, 4-IV-1915, Heydl-Cortínez 2002: 279). Sobre esas razones de economía y poder volveremos después[5].

Otro de los fundamentos de sus análisis sobre la guerra fue el patriotismo. El final del imperio español influyó sobremanera en la escritora, quien siempre se mostró ante todo españolista, fuesen cuales fuesen las circunstancias; unas veces, como han indicado David Henn y Eduardo Ruiz-Ocaña, bajo el pesimismo y decaimiento; otras, con mayor grado de exaltación (Henn 1999; Ruiz-Ocaña 2004: 151-160). Añadiremos, que su pesimismo y su exaltación variaban en función del punto de vista adoptado. Si era interno y español, Emilia Pardo analizaba con acrimonia el comportamiento del pueblo en los conflictos bélicos y las decisiones del gobierno, pero podía ensalzar los valores épicos y trascendentales de la guerra como «el momento de mayor espiritualidad de un pueblo». Por ello, después del fracaso en Cuba y Filipinas y con la pacificación de algunas zonas tras las intervenciones militares cerca de Marruecos en 1913, observaba que estaba empezando a surgir una «corriente de españolismo ardoroso», porque a su juicio, «lo mismo que la fe, el patriotismo se exalta frente a las negaciones brutales» («Crónicas de España», *La Nación,* 5-VII-1913, Sinovas 1999: 813-817).

A Emilia Pardo, defensora del españolismo a ultranza, le cautivaban las tropas durante los actos militares. La contemplación del ejército desfilando por las calles de Madrid impactaba a la escritora y le sugería reflexiones ideales. De

[5] Un fenómeno nuevo era el que observaba Emilia Pardo en España, en donde de las grandes guerras se estaba pasando a las modernas guerrillas, como ocurría ya en el Parlamento en el que predominaban «las ligeras escaramuzas y los movimientos dedicados a molestar al adversario y a quebrantarle cada día un poco, son la táctica de moda» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 7-III-1904).

aquellos hombres valientes ponderaba su fortaleza y trascendencia espirituales, imprescindibles para anteponer «el amor de la patria, embriaguez divina, fe que no debiera tener incrédulos» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 7-II-1910) a peligros, a sacrificios y a dificultades. Ahora bien, desde un punto de vista externo o internacional, es decir, al evaluar la proyección internacional de España, el patriotismo de doña Emilia fue defensivo y justiciero. Se rebeló en contra de los ataques que habían circulado sobre la barbarie y el abuso de la colonización española, repetidos en sus crónicas como una letanía, incluso en las más tardías, como respuesta a la ignominia, a la injusticia de las otras naciones con España, puesto que en su opinión encubrían profundas e históricas envidias.

Así, desde la pérdida del Imperio y como idea recurrente fue recordando Pardo Bazán a sus lectores el poderío de la antigua España, las conspiraciones y los libelos absurdos de los que fue víctima merced a la invención de la Leyenda Negra. Ésta era para ella una confabulación europea —procedente sobre todo de Flandes y de los Países Bajos—, porque España suscitaba envidias y falsos rumores. Obsérvese cuan perspicazmente describía la guerra incontrolable de la opinión y vejación públicas:

> No tuvo el carácter de algo concreto y definido, que quedase formulado en tratados y consignado en documentos; fue eso que no se escribe, y se siente y susurra, y se revela en cada menudencia, en el espíritu de la política, en las alianzas, en los manejos y cábalas, en las trastadas y jugarretas, y hasta en las calumnias y difamaciones. [...] Fuimos, ante esa historia tendenciosa y sentimental, escrita por folletinistas, la nación más cruel, más feroz, más avara y codiciosa y más sin entrañas. Nuestras maldades no tuvieron cuento. («Crónicas de España. Disquisiciones sobre la guerra», *La Nación,* 5-X-1914, Sinovas 1999: 940-941)

Estos hechos, que sirvieron para hundir definitivamente a España en el espectro internacional, son reiterados por doña Emilia con resentimiento de manera constante, porque juzgaba

que no se medía con el mismo rasero a cada nación. El 9 de noviembre de 1903, por, ejemplo, al denunciar la indiferencia de Europa ante los conflictos en Macedonia, recordaba con inquina la derrota española en Cuba. Sin ambages, preguntaba la periodista a sus lectores:

> Esa Inglaterra y esos Estados Unidos que tanto se indignaban con las supuestas crueldades españolas en Cuba, ¿qué hacen ahora, que no se ponen el grito en las notas diplomáticas y no acuden con todo su vigor a remediar tamaños horrores? («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 9-XI-1903).

Según doña Emilia, los desacuerdos humanos a los que aludíamos como raíz de todo conflicto provenían de causas materiales y económicas. Desde la Antigüedad, la leyenda y la poesía los habían encubierto bajo explicaciones poéticas y amorosas. Los argonautas, la guerra de Troya o las guerras modernas, incluso las justificadas por sentimientos religiosos o patrióticos, en realidad encubrían lo que ella *denominaba la «épica del sustento»* y de los intereses comerciales («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística,* 25-I-1904) y tales causas estaban asociadas a la noción de poderío, tan pujante en tiempos de imperialismos coloniales y de relaciones de alteridad forzosamente endógenas y racistas.

El poder de una nación se asimilaba a su grado de expansión colonizadora, la cual podía justificar la guerra, como necesaria y lógica cuando su finalidad es «dar incremento a los pueblos satisfacer sus legítimas aspiraciones, o defenderles de peligros graves que amagan destrucción», mientras que «cuando no concurren estas circunstancias, la guerra es ilícita y sacrílega» («Crónicas de España», *La Nación,* 29-XII-1919, Sinovas 1999:1366-1367). Poco sentido tenían para ella, por ejemplo, los conflictos por las tierras de Tacna y entre Chile y Perú en 1909 y el derecho a la autodeterminación de los pueblos proclamado por Wilson tras la Primera Guerra Mundial. A partir de su información libresca, en *La Nación*, Emilia Pardo hispanizó estos ejemplos de guerra «endémica», provocada por la ambición «de

fortalecerse por medio de la anexión de elementos afines, según las leyes de la etnología y la historia». En ese caso concreto de Perú y Chile, las causas no justificaban los medios, y aún menos los enfrentamientos entre naciones hispanas:

> Y bien, se me dirá: justamente eso es lo que intentan Chile y Perú: incorporarse un territorio que cada una cree suyo, y de buena fe, seguramente. Sólo que es preciso ver si valen la pena esos terrenos; y no la valen. [...] Y aun cuando esos territorios contuviesen ricas minas de diamantes y un cerro como el famoso del Potosí, no valdrían una guerra entre naciones que deben darse la mano, no por vaga fraternidad, sino porque les conviene e importa. («Crónicas de España», *La Nación,* 29-XII-1919, Sinovas 1999: 1366-1367)

Acorde con los valores dominantes en su presente, para doña Emilia solo la misión civilizadora podía justificar el expansionismo colonialista. En él se cifraba asimismo el vigor y el progreso de una nación en Europa; en resumidas cuentas, en la supremacía como nación desarrollada y en su afirmación como potencia internacional.

En ese paradigma de las civilizaciones coloniales, los clásicos substratos religiosos y de raza reaparecían como justificaciones suficientes de las guerras: en España, la del Riff, pero también la de Italia contra Turquía o la de los Balcanes. La guerra ruso-japonesa era una excepción porque representaba un nuevo modelo de enfrentamiento, ya no entre razas y religiones, sino entre razas y culturas. Como era habitual en este tipo de perspectivas, también en doña Emilia la mirada vertida sobre el pueblo colonizado era racista y los pueblos de África del Norte aparecían como irracionales, sanguinarios, crueles e irreverentes. La misión civilizadora de España en aquellos territorios quedaba, a pesar de sus deseos independentistas, sobradamente justificada:

> Las razas refractarias al progreso, que tienen en sus ideales religiosos o políticos una rémora fatal para aceptarlo, están sentenciadas a ser sometidas cuando se hallan en contacto con

> razas superiores, si no étnicamente, al menos en cultura. [...] la independencia, que tanto vale, es prenda que no se defiende por medio de la barbarie y de la discordia. Exige, en los que sienten su amor, el cultivo de muchas virtudes y la unión de las voluntades viriles y bien templadas. Requiere conocimiento, razón, lealtad, abnegación. Poco hay de eso en la psicología marroquí. («Crónica. El pasado de Marruecos», *La Nación,* 30-X-1909, Sinovas 1999: 324)[6]

Para recobrar cierta relevancia internacional, Emilia Pardo exhortaba a que España se impusiese con urgencia en el Norte de África y se adelantase a las demás potencias europeas, sobre todo a Francia, y no porque «quiera ninguna nación cristianizar a Marruecos, sino porque las naciones buscan mercados y las razas inferiores han de someterse» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística,* 6-XII-1909).

Tras la Primera Guerra Mundial, la escritora observaba que el imperialismo se había hecho más pujante merced a la reconfiguración de fronteras y el deseo de cada nación de afirmarse en el panorama internacional:

> Inglaterra afianza su poderío; Italia, como sabemos, se ha rehecho a manera de estatua en fragmentos que una mano inteligente compone y deja como nueva, más sólida que nunca: Francia se recoge en el sentimiento de su unidad jamás quebrantada y de su ensanche y afirmación en las orillas del Rin; el afán de expansión colonial las mueve a todas. Alemania tampoco se escinde, a pesar de su trágica caída; quiere seguir como antes, hasta donde pueda; afirmar la unión, como le sea

---

[6] No desperdició la noticia de la muerte de una mujer rifeña para plantear el asunto de situación de la mujer en Marruecos y en la religión musulmana, a tenor de la lectura del Corán y del presente de las mujeres, sometidas a la opresión y a la esclavitud, en «Crónica. Una mora muerta» (*La Nación,* 11-XI-1909, Sinovas 1999: 325-330). Al plantear la cuestión de la Guerra de Marruecos y por dirigirse a un lector español los detalles y el hilo conductor no son los mismos. Ante los españoles, estas noticias no tienen semejante protagonismo, se presentan como evocación de un recuerdo al final de una crónica que versa sobre Santiago de Compostela al anunciar la muerte del teniente coronel, historiador y ateneísta José Ibáñez Marín («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 30-VIII-1909).

> posible. Acorto la enumeración porque nadie ignora cuáles son las ansias de las naciones jóvenes que con la guerra parecen haber adquirido conciencia de sí mismas. («Crónicas de España», *La Nación,* 29-XII-1919, Sinovas 1999: 1366-1367)[7]

Porque era mujer pragmática e hija de su tiempo, a doña Emilia le costaba creer que el imperialismo dejaría un día de regir las relaciones mundiales. Por ello, mostró recelo y desconfianza ante los movimientos pacifistas, el desarme y la paz universal que surgían precisamente en unos momentos de pasiones exaltadas y de luchas encarnizadas humanas. En 1911, por ejemplo, esa inestabilidad internacional le hacía augurar «mayores lides, y hasta conflagraciones y hecatombes» y por este motivo se oponía a la desaparición del ejército, pilar de la organización social, que los pacifistas reivindicaban («Crónicas de España. Un mitin contra la guerra», *La Nación,* 9-IX-1911, Sinovas 1999: 570).

Otro caso distinto, el segundo en el que valoraba la importancia de la guerra desde un punto de vista épico, pero ya no en términos de civilización, era el de la consolidación de las nuevas naciones europeas por su capacidad de aglutinar y generar solidaridad entre los ciudadanos de una nación. Desde un punto de vista humano y subjetivo, la guerra con otra nación extranjera seguía siendo una de las mejores estrategias para potenciar sentimientos colectivos y patrióticos, según observaba al examinar la guerra de Italia con Turquía en 1911, ya que, en su opinión, «nada infunde a un pueblo la conciencia nacional como una empresa gloriosa». Las guerras protagonizadas por las jóvenes naciones, desprovistas de «personalidad» histórica, favorecían la creación de sentimientos de identidad y el despertar de las conciencias nacionales. En consecuencia, al comparar los conflictos en Rusia con los de Italia, concluía la escritora:

---

[7] Asimismo: «Crónicas de España. Disquisiciones sobre la guerra», *La Nación,* 5-X-1914, Sinovas 1999: 940-941)

> Los enfermos, como Rusia, descubrieron el primer indicio de su fiebre yendo, hasta involuntariamente, a la fragmentación atomística. Y los que se encuentran ricos de sangre y plenos de ideal patriótico, como Italia, palpitan por juntar íntimamente sus miembros dispersos, llegando a casos como el de Fiume, demostrativos del empeño con que defienden su personalidad hasta naciones menos históricas que la italiana: naciones que, por decirlo así, están estrenando las insignias de nación. («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística,* 16-X-1911)

Pero volvamos de momento a la ecuación antes citada, civilización y poder. No sólo los avatares históricos estaban influyendo en la pujanza de las naciones más desarrolladas. Con el cambio de siglo, la escritora constataba la aparición de nuevos modos de guerrear dependientes del desarrollo cultural y científico de las naciones. A su juicio, cualquier nación era poderosa por el potencial cultural y humano, por sus poetas, por sus artistas y sus pensadores, pero, sobre todo, porque su presencia conllevaba implícitamente el ser una nación desarrolla, dotada de buenos ejércitos y de armamento. La historia había convertido en «ley natural» aquella relación fuerza e inteligencia, de modo que un país, concluía Emilia Pardo, era desarrollado, o sea, ilustrado, instruido, científico, cuando cultivaba «la inteligencia y la fuerza a un tiempo, y tiene el ejército superior, como tiene la escuela superior, y ambas cosas las tiene por las mismas razones y para los mismos fines, pues no existe, en buena lógica, semejante antagonismo entre el cuartel y la escuela («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 16-X-1911). Por otra parte, el desarrollo técnico y científico también estaba influyendo en esa evolución de los enfrentamientos humanos y militares, los cuales abarcaban desde las campañas propagandísticas en la prensa hasta la invención de nuevas armas de destrucción, unas «máquinas de muerte» que sólo los países ricos, poderosos y desarrollados poseían. Si durante la Primera Guerra Mundial había desaparecido ya la lucha cuerpo a cuerpo, como exponía doña Emilia, «el progreso ha tenido las industrias y descubrimientos para arrasar, echar a pique y

tumbar patas arriba» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 28-IX-191).

Doña Emilia, con el talante pragmático al que aludíamos, consideraba que las convulsiones bélicas generaban rupturas que hacían las veces de eficaces palancas para cambios profundos y grandes avances humanos, científicos y técnicos, como por ejemplo los hubo en los campos de la sanidad, de la comunicación telegráfica y postal, de la aviación y en tantos otros inventos[8].

Los avances que sobremanera le interesaron en esa visión palingenésica de la guerra fueron los relacionados con los cambios de costumbres y mentalidades en torno a la condición femenina: del reconocimiento profesional y el cumplimiento de cargos que el hombre monopolizaba «basándose en la ley del más fuerte» («La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, 28-IX-1914 y 18-X-1915) a la desaparición de las trabas que antes retenían a la mujer en un estado pasivo e infantil. En los aspectos más exteriores y visibles destacaba Emilia Pardo el del vestir. Europa, escribía en una conocida crónica, necesitó un conflicto para hacer que «el traje de la mujer cambiase de rumbo» y lo llevase hacia la naturalidad del cuerpo humano sin desquiciar el talle ni desfigurar las líneas. Es lo que ocurrió a raíz de la guerra franco-prusiana dada «la multiplicidad de los lutos, la amargura del vencimiento impusieron a la mujer francesa los colores oscuros y las hechuras sencillas» («Crónicas de España. La moda con arte», *La Nación,* 25-XII-1889, Sinovas 1999: 150). En suma, la guerra «mudó la faz del continente europeo» e hizo que el traje de la mujer «tomase la dirección racional, simpática y artística que hoy lleva»[9].

---

[8] Por ejemplo: «La actual es más horrenda, porque la ciencia ha inventado muchos medios de destrucción. La ciencia, como opinaba Rousseau, ha venido a echarlo todo a perder, Cartas de la Condesa», *El Diario de la Marina*, 4-IV-1915, Heydl-Cortínez 2002: 279).

[9] También en sus artículos de *La Época*, 20-X-1890 y 20-XI-1889 y en *Por Francia y Alemania,* 1890: 37-55.

Tras la revolución rusa y la Gran Guerra, la visión de la realidad influyó negativamente en sus puntos de vista, de modo que disertó sobre el carácter «por lo menos discutible» de la idea de perfectibilidad del hombre como motor de la historia de la humanidad. Es más, antepuso aquello que tanto había discutido al calor del pensamiento y de la ideología naturalista, a saber, el poder del instinto frente al pensamiento, a la ética, a la moral y a la religión, cuando en 1919 éstas habían sido expulsadas de las conciencias. En sus postreros años, para doña Emilia las últimas sacudidas bélicas habían demostrado que sólo «las leyes del instinto no fallan» y son las que paradójica pero realmente rigen la historia de la civilización, incluso por encima de las causas económicas («Crónicas de España», *La Nación,* 21-XI-1919, Sinovas 1999: 1351).

Para concluir afirmaremos que a la hora de plantear el tema de la guerra al gran público en el devenir de la actualidad, doña Emilia siempre buscó las constantes en la diversidad, en el breve y ameno espacio de la crónica. La idea de lo inmutable, de la ley histórica, de la esencia de los conflictos bélicos, le llevan a desnudar al hombre para mostrar sus facetas más instintivas y egoístas por encima de las circunstancias históricas, como un guerrero épico, pero también materialista, ambicioso, sanguinario e irracional. Como cronista e hija de su presente, en Emilia Pardo prevalecieron los filtros del imperialismo y del patriotismo, pero también los de un personal pragmatismo de modo que sus crónicas sobre la guerra son un rico fresco de la vida internacional durante los complejos años de entresiglos.

BIBLIOGRAFÍA

Bravo-Villasante, Carmen. «El patriotismo de doña Emilia Pardo Bazán». *Cuadernos hispanoamericanos*. 49. 146, 1962: 243-252. Print.

Dorado, Carlos ed. *Emilia Pardo Bazán. La vida contemporánea.* Madrid: Publicaciones de la Hemeroteca Municipal, 2005. Print.

____. *Emilia Pardo Bazán. Periodista de hoy.* Madrid: Asociación de la Prensa de Madrid, 2006. Print.

Henn, David. «Reflections on the war of 1898 in Pardo Bazán's fiction and travel chronicles». *The Modern Language Review. XCIV.* 2. 1999: 415-425. Print.

Heydl-Cortínez, Cecilia. *Cartas de la Condesa en el* Diario de la Marina. *La Habana (1909-1915).* Madrid: Pliegos, 2002. Print.

Pardo Bazán, Emilia. «La Vida Contemporánea». *La Ilustración Artística* 11 Nov. 1909. Print.

____. *Por Francia y Alemania.* Madrid: La España Editorial.1890: 37-55

Quesada Novás, Ángeles. «La guerra de Cuba en un relato olvidado de Emilia Pardo Bazán». *Boletín* ***de*** *La Biblioteca* ***de*** *Menéndez Pelayo.* LXXXVI, 2010: 433-436. Print.

Ruiz-Ocaña Dueñas, Eduardo. *La obra periodística de Emilia Pardo Bazán en* La Ilustración Artística *de Barcelona (1895-1916).* Madrid: Fundación Universitaria Española. 2004. Print.

Sinovas Maté, Juliana. *La obra periodística completa en La Nación de Buenos Aires (1879-1921).* A Coruña: Diputación Provincial,1999. Print.

____. *Cartas de la Condesa en el* Diario de la Marina. *La Habana* (1909-1921). Newark: Juan de la Cuesta, 2006.Print.

Thion Soriano-Mollá, Dolores. «Cuando una colaboradora escribe al director: Emilia Pardo Bazán en *El Imparcial*». *Literatura hispánica y prensa periódica (1875-1931).* Eds. J. Serrano Alonso, A Bolufer. Santiago de Compostela:

Universidade de Santiago de Compostela, 2002: 295-310. Print.

Zaplana Rodríguez, Esther. «Rewriting the 'patria'»: War, militarism and the feminine «habitus» in the writings of Rosario de Acuña, Carmen de Burgos and Emilia Pardo Bazán. *Bulletin of Spanish Studies.* LXXXII. 1. 2005: 37-58. Print.